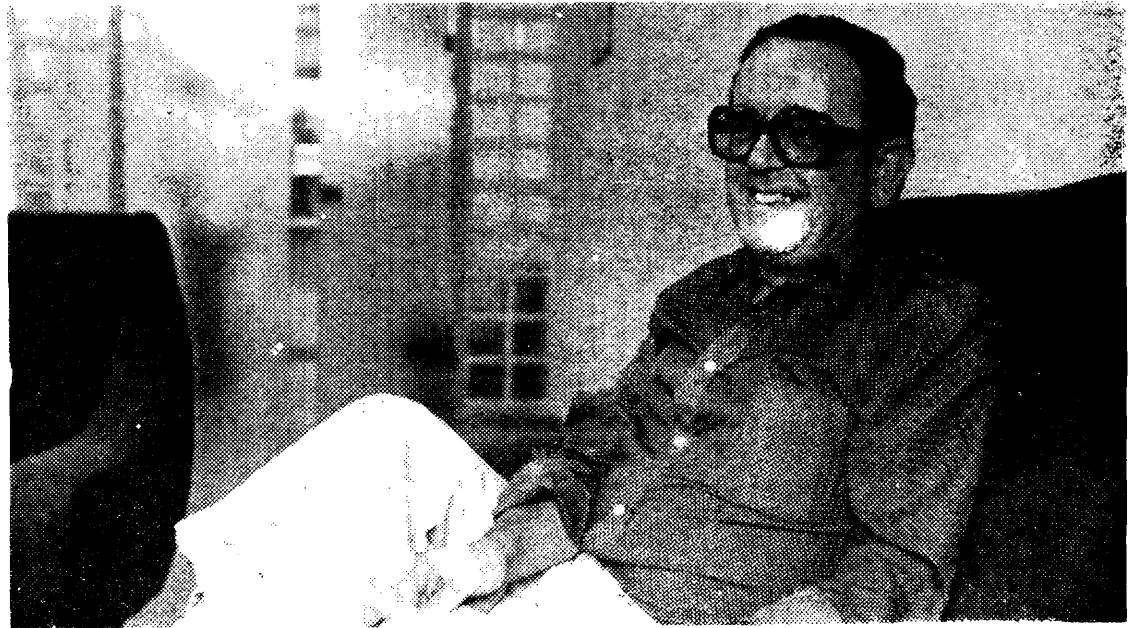


—No te podría hablar de Asensio Sáez, no le conozco.

Y lo tengo sentado frente a mí. Después de varios intentos, se consigue la entrevista. Le he hecho venir, exprofeso, desde La Unión. Para que me hable de él. Pero el primer intento ha resultado vano. Para empezar, me dedica su libro "Antología de La Unión" con unas palabras tan sencillas que son de agradecer. "Desde hoy eres mi amigo". Y de repente saca a relucir su buen humor, que siempre lleva a cuestas. "Y si me gusta la entrevista, te regalaré un cuadro".



Asensio Sáez:

«Mi pintura serena el alma»

Ha pintado desde siempre, pero con un gran paréntesis en su vida. Un largo «stop» pictórico que ya ha tocado a su fin. Porque el artista vive a caballo de la enseñanza y la literatura. Y no sabe, no puede, elegir entre esta trilogía. «Tuve la suerte de empezar desde arriba, codeándome con los grandes. Y después me dediqué a la enseñanza, intentando hacer de cada uno de mis alumnos mi verso más perfecto, como decía Gerardo Diego. Para mí un hombre es mucho más importante que un cuadro, o un poema. Y, con absoluta vocación de maestro, me dediqué a la enseñanza». Durante treinta años, nada menos. Que se dice pronto. Casi once mil días procurando moldear hombres le han dejado, casi, un sentimiento de frustración. Una duda, sobre todo. «Porque ahora vuelvo la vista atrás, sin ira, y pienso si esto no habrá sido un grave fracaso mío. Lo pienso cuando veo alumnos que hacen centro de su vida el «porro», la discoteca y la moto. Entonces se me caen los palos del tambalillo. Me siento un

poco culpable pensando ¿habré contribuido yo a esto? Bueno, pero afortunadamente hay jóvenes formidables, de la gente más sana del mundo, eso es cierto. Ellos intentan, lo sé, hacer un poquito mejor este mundo tan tontorrón y estúpido que nos ha tocado vivir».

Lo dice y me mira detrás de sus enormes gafas, con aire de viejo zorro al que la vida ya poco le puede enseñar. «Mira, yo he tenido ocasiones de vivir más cómodamente, de forma más brillante y tranquila. Y las he dejado para cumplir mi vocación». Por supuesto, debo decirlo cuanto antes, Asensio no ha abandonado la enseñanza. Ni su pueblo. Sigue dando clase en La Unión, donde ha entroncado sus raíces para no sacralas jamás. Las primeras páginas de su libro tienen una curiosa dedicatoria, que lo dice todo. «A mi madre, que eligió La Unión para «nacerme». Casi no haría falta seguir escribiendo más. Es una prueba incomparable de su fidelidad a la tierra que le vio nacer y donde sigue fielmente su

vocación, sus vocaciones. «Tengo tres vocaciones: enseñanza, pintura y literatura. Pero no me siento más maestro que pintor, eso nunca. Y tampoco me desprendería de ninguna de ellas, no podría. Las voy alternando, como Dios me da a entender. Y teniendo en cuenta que el día tiene 23 horas...» ¿Cómo dices? «Sí, hombre, para mí sólo tiene veintitrés. Porque siempre se me pierde una». De esa trilogía vocacional, ¿qué te ha dado más satisfacciones? «Sería difícil responder. La misma enseñanza me las ha dado, incluso con esas desilusiones que decíamos antes. De las tres estoy contento». Una de sus más grandes satisfacciones, y lo dice así, es la de ser hijo adoptivo de La Unión, una atadura bellísima, cordialísima, con sus raíces. Un constante encuentro con su paisaje, en una incomparable dualidad de sierra y mar. ¿Y cuántos desengaños, Asensio? «Desengaños físicos, sí, por no haber sabido crear unas generaciones más limpias. Pero la culpa no es sólo mía: hay algo que ha fallado en el maestro y en los padres». ¿Acaso por no tener mano dura, de vez en cuando? «Más que látigo, batuta. Hay que saber dirigir. Porque imagínate lo que sería una orquesta sin batuta». Y para él, la gran orquesta del mundo va dirigida siempre por una fenomenal batuta, un director de excepción. No hace falta decir que Asensio Sáez es creyente. Y de los buenos. «Quizás por eso me preocupa tanto que la gente se haya salido de madre y haya hecho leyes a su medida. Porque estamos fuera de cauce, eso está claro. Desmadrados». ¿Y la solución, la tienes tú? «Por supuesto. El catecismo es la solución, ese libro tan pequeño y tan «demodé» para algunos. Porque si yo sigo las normas de mi religión, no hay problemas. ¿Tú no lo crees así, Antonio...?»

Hav una frase de Tico Medina que Asensio Sáez no ha olvidado. Porque le retrata fielmente. «...que llenas de alegría lo que tocas...» Y es cierto. Para comprobarlo, basta pasar un rato con él, o contemplar cualquiera de sus cuadros. «Yo procuro llevar a los demás una esperanza, un sosiego, una alegría. Porque la convivencia con un cuadro, o con una persona, sólo es posible si ese cuadro, o esa persona, contagian sosiego. Y pienso que bastante contestataria nos ha salido la vida para que encima nos lo tenga que recordar un cuadro colgado delante de nuestras narices». ¿Más fácil escribir, o pintar? «Las dos cosas. Quizá la pintura sea más descansada. Hay tempo-

radas que la cambio por la literatura. Ahora mismo estoy compaginando ambas». ¿Casado? «No, porque aquella tarde de mi boda tenía que pintar un cuadro y...». ¿Crees en la inspiración? «Sí, pero cuando viene me encuentra trabajando. Más que nada creo en la imaginación. Otro gallo nos cantaría si cada mañana, al pedir a Dios el pan nuestro de cada día, le pidiéramos también el globo rojo, azul o amarillo, de cada día. Yo ahora mismo llevo un globo rojo. Supongo que lo ves...» ¿Es tu color favorito? «No, el mío es el verde, la esperanza, lo último que se pierde».

En este instante llega Juan, con su cámara a cuestas. Asensio se levanta. «Oye, a ver si me haces fotos bonicas para mis «fans», que uno también tiene». Pero no sabe decir cuál es su lado fotogénico, nunca lo ha pensado. «Y de política, igual, tampoco pienso nada. La respeto, pero no pienso. No estoy afiliado, por supuesto. Mis vocaciones van por otros derroteros. Bueno, la verdad es que siempre, en izquierdas y derechas, he encontrado gente formidable. Hay de todo, como en botica». No ha tenido vacaciones, porque debe preparar una próxima exposición en «Chys», que lleva con un año de retraso. Será, claro, sobre temas murcianos, de ayer. Evocando los carnavales, las antiguas procesiones, los bailes en el Casino, «aquella Murcia irrepetible, no sé si para bien o para mal». Hablamos de crisis, de la crisis del arte. Y Asensio Sáez me corrige. «Crisis de todo, perdona, porque todo está en crisis». ¿Qué significa todo? «Pues mira, echa un vistazo a tu alrededor. Yo lo hago y veo crisis por todas partes. Sin embargo, espero que el hombre se dé cuenta a tiempo y reaccione positivamente, y contribuya a crear un mundo mejor». Casi me siento obligado a decir amén. Porque la jaculatoria le ha salido redonda. Asensio sabe lo que dice, dice lo que piensa y piensa lo que hace. Y viceversa. Pero no sabría definirse. Le pregunto por el Asensio Sáez hombre, persona. «Sencillamente, intenta llevar a los demás parte de sí mismo, contribuyendo en la medida de sus fuerzas a que el mundo, o la parcela que le rodea a uno, sea un poco mejor». Defectos y virtudes... «Virtud, el trabajo. Y defecto la mala distribución del tiempo. Quizá sea una fidelidad al hombre del Sureste, que en el fondo no sabe calibrar exactamente la escala de valores. Vamos a salvar al mundo, pero si por el camino tropezamos con un amigo... estamos perdidos». ¿Eres un pintor caro? «Eso tendrían

«Estamos desmadrados, pero el Catecismo es la solución»
«No me casé porque tenía que pintar un cuadro»
«Cuando llega la inspiración, me encuentra trabajando»

que decirlo las galerías». ¿Y si tuvieras que decirlo tú? «Pues regalaría la pintura. Sería incapaz de vender un cuadro». ¿Cómo es tu pintura? «Pretende ser un oasis refrescante en mitad de este mundo desasosegado. Mi pintura serena el alma». ¿Buen pintor? «No podría decirlo, estaría feo. Tengo que aprender mucho. ¿Tú sabes lo bonito que es aprender cada día, estar siempre empezando?». ¿Tu meta? «Tener tiempo para pintar». ¿Y ganar dinero? «Es muy importante, pero en función de vida. Me explico: a mí lo que de verdad me gusta es lo que no cuesta dinero. Me gusta el paisaje, los museos (que no son piezas muertas sino llenas de vida), las catedrales. Todo eso que la vida te lo da gratis». ¿Cuadros pintados? «Muchos, pero no todos los que hubiera querido». ¿Y Dios? «Es lo que realmente da sentido y profundidad a la vida». ¿Qué salvarías de tu casa incendiada? «Una cabeza femenina, de Vázquez Díaz». ¿Dónde vivirías fuera de La Unión? «Me iría a Sevilla, pero no a la Sevilla del duende y la pandereta, sino a la Sevilla recóndita, trabajadora y aristocrática al mismo tiempo. Es la ciudad con más posibilidades artísticas».

Acabamos. Doce folios en una hora de charla informal. Hablando de pintura, literatura y magisterio, de Dios y del hombre. De Asensio Sáez, en suma. Que va por la vida dando pincejazos de alegría, de alguno de los cuales saldrá, un buen día, su obra maestra, sus «Meninas», y su «best seller». Porque, como él mismo dice, escribe bien, sinceramente bien, «pero mi problema es que me lean». Nos despedimos, un apretón de manos y un hasta siempre. Y la duda.

—Oye, has preguntado mucho. Es imposible que salga todo.

—Saldrá.

—Pues que Dios te lo pague.

ANTONIO LOPEZ
(Fotos TOMAS)

